

Julio 1917)



«La palabra secretario deriva de secreto y esto no les para nadie ni hace falta para saberlo atesorar grandes conocimientos de etimología. Secretario viene de secreto y significa aquel que guarda los secretos de una corporación o de un amor y que da la fe de ellos.

A los ministros de la Corona y creemos que lo mismo a los de una República se les llama secretarios—y por esos sus secretarios, los de los ministros, son llamados subsecretarios—porque son los guardadores del secreto de las determinaciones de ella. Y no sólo firman las reales órdenes en nombre del rey y junto a éste en los reales decretos, sino que de hecho suelen guardar el secreto de los verdaderos motivos de tales reales órdenes y de tales reales decretos. En las más grandes determinaciones ejecutivas del poder público, rara vez se sabe las verdaderas causas de ellas y hasta suele darse el caso de que se haga una crisis para esquivar el dar a conocer al pueblo el verdadero motivo de una determinación suprema.

El secreto es la infamia mayor de los regímenes políticos porque venían rigiéndose los pueblos europeos que se creían civiles. Las alianzas internacionales hacíanse en secreto, sin contar con los pueblos, y entre los soberanos de los Estados. No sabemos de revolución alguna contra el sistema ese de acuerdos secretos, de tratados secretos; no sabemos de revolución alguna contra esa inhumana y bárbara ignominia de que se le ligara a un pueblo con lazos que no se le habían dado a conocer antes.

La gran Revolución que es la guerra que está iluminando con llamaradas de sangre la conciencia civil del mundo histórico, va a conquistar el derecho de los pueblos de regir por sí mismos sus propios destinos, de que no se les imponga otra patria que la natural suya, la de nación—«natural» y «nación» son vocablos de la misma raíz y origen—de que escojan por sí mismos sus Gobiernos, y en ello tienen que ir incluido el que no se les haga contraer alianzas defensivas u ofensivas, amistades o enemistades internacionales, no ya contra su voluntad, más aún sin su conocimiento previo.

Y de aquí que lo que se llama protectorado de una nación sobre otra, sea atentatorio a la nación supuesta protegida si con él se le imponen enemistades determinadas y se le exigen alianzas ofensivas o defensivas. Ni a individuo ni a pueblo se le puede exigir firmar un compromiso en blanco, y no a otra cosa equivale el meterle en alianzas secretas.

Si de esta revolución sale, como esperamos, el triunfo de la democracia se habrá acabado el régimen del

secreto, característico de todos los imperios, aunque estos se llamen repúblicas. Porque pueden darse repúblicas imperiales. El secreto y no la arbitrariedad, es lo ínfimo de la tiranía; un tirano que no hace secreto de sus móviles pronto deja de serlo. Más que por la violencia es por el secreto por lo que se distinguen los secretos despotismos. «Por causas que el rey conoce», se dijo para justificar la violencia de Felipe II contra Antonio Pérez, su secretario. Y la mayor violencia estuvo en el secreto. Y habría sido tiranía aunque las causas del castigo hubiesen sido justas. Que no es justa la justicia, es decir, que no es justicia, mientras permanece secreta. La justicia no es más que la verdad moral, y la verdad no es verdad mientras permanece secreta, porque la verdad está en el conocimiento. Otra cosa será realidad, pero verdad, no. La realidad, que puede ser secreta, pasa a verdad en cuanto es conocida. Verdad y justicia dicen relación al conocimiento y no pueden quedar desconocidas.

La democracia es la soberanía popular, es la voluntad nacional y las razones de la voluntad nacional no es posible que permanezcan secretas. Es imposible el secreto en las causas de una voluntad nacional. Aun una clase social, aun un cuerpo, un gremio, un instituto, pueden mantener algún secreto; todo un pueblo no puede mantenerlo. La democracia es, pues, la publicidad, por lo mismo que es la popularidad. En la democracia ética las grandes deliberaciones ni siquiera se llevaban a cabo en una cámara, por grande que que fuese, cerrada, sino en el «ágora», en la plaza pública, al aire libre y a la luz del sol desnudo.

Menos violencia y menos daño se le hace a un pueblo llevándole a determinaciones injustas y contrarias a su interés, pero declarándole cínicamente los verdaderos motivos de ellas que llevándole a determinaciones justas y convenientes para él, pero callándole los verdaderos motivos o falsificándoselos. El cinismo es mejor que la hipocresía.

Y la esencia del absolutismo es el secreto. Y su fórmula protocolaria era éi: «sic placet», «así agrada». Al decir «así agrada» se calla los motivos. Y en griego al «placet» latino correspondía un «dokeis» y al «placitum», de creto, un dogma». Dogma es, pues, lo que place al que manda sin que tenga que decirnos por qué le place, sin que tenga que darnos la razón, es decir la verdad y la justicia de lo que le ha placido. La esencia del absolutismo es, por lo tanto, el dogma y la esencia del dogma es el secreto, es la sinrazón. Y de aquí aquello de: «eso no me lo preguntéis a mí que soy ignorante, etc.», y el dogmatismo en política es fundamentalmente antidemocrático

y absolutismo, contrario al pueblo. La democracia es crítica y no dogmático.

Se ha dicho que España es hoy uno de los países de gobierno más democrático. ¡Qué cosas no se dicen!... Ciertamente que no cabe decir que aquí hayan cometido los Gobiernos grandes atropellos, que hayan violentado gravemente las libertades públicas, que hayan perseguido a los ciudadanos. No—seamos justos—en España no se han conculcado gravemente las libertades públicas, podemos decir que es un país bastante liberal, pero no democrático. Y no tampoco por que no se consulte la voluntad del pueblo, sino porque se toman no pocas graves, gravísimas determinaciones de gobierno sin hacer saber al pueblo por qué se las toma. Y aún en cosas menudas los ministros, los secretarios de despacho de S. M. se creen relevados de tener que exponer públicamente las razones verdaderas de sus acuerdos. Y hasta fórmulas consagradas ya del secreto, como aquella tan socorrida de «por conveniencias del servicio» con que se le divide por el eje a un pobre empleado de poco sueldo trasladándole de residencia para satisfacer así la insana ansia vengativa de un caciquillo a quien no votó el pobre empleado. Y de estas pequeñas infamias está tejida la red que va a arrastrar, o no hay justicia en la conciencia nacional, a los profesionales de la arbitrariedad absolutista, esto es, mantenida por lo que a sus causas hace en secreto por esos secretarios de S. M. y subsecretarios y secretarios particulares y toda la innoble canalla del secreto político.

Lo vergonzoso de nuestras crisis ministeriales o secretarías, es el secreto en que suelen permanecer las verdaderas causas de ellas aunque ese secreto llegue a ser un secreto a voces. Porque un secreto a voces sigue siendo un secreto público. No es lo mismo que sepan una cosa los mil sujetos que componen una comunidad como que la comunidad lo sepa. Al día siguiente de hacerse pública la infamia de un sujeto que era conocida de sus vecinos, todos dejan éstos de saludarle si es que tienen vergüenza.

Las verdaderas causas de la última crisis llegarán a saberse, se saben ya, pero no públicamente. Para que no se supieran públicamente, exigió el autor de la tal crisis que no se llevara el asunto a la Cámara popular que la crisis no fuera parlamentaria, es decir, constitucional. Porque no son crisis constitucionales más que las parlamentarias. Y las crisis no parlamentarias, anticonstitucionales, son crisis absolutistas, tiránicas, despóticas, dogmáticas, de secreto.

La actual Revolución tiene que acabar con el régimen del secreto que es el régimen imperialista. Para

IDAD ANCA



La democracia es publicidad.



respetar la voluntad del pueblo hay que empezar por respetar su conocimiento. El pueblo tiene siempre que saber por qué hacen los que le mandan y sobre todo cuando los que le mandan no saben más que él. Porque si era absurdo el principio de la infabilidad o la omnisciencia de los reyes es mucho más absurdo ese llamante principio de la infabilidad o la omnisciencia regia que denunció el Sr. Urzáiz. No, los que rigen no saben hoy aquí más que el pueblo y no deben, por lo tanto, guardar secretos. Gardén, a lo sumo, el secreto de su insuficiencia.

**Miguel de Unamuno,**



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CREDO USALÉS